

EL MOTÍN



Año XXXIV.-Madrid, Jueves 29 Octubre 1914.-Número 44.

SUCURSAL:
RIVADAVIA, 698
BUENOS AIRES

EL MOTÍN

PERIÓDICO SEMANAL
CON 16 PAGINAS Y CARICATURAS
SE PUBLICA LOS JUEVES

REDACCION Y ADMINISTRACION
ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Madrid y provincias, 1,50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1,50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho á recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

La lámina de hoy

Y al ver derrumbarse los Templos del Catolicismo, á la vez que las Bolsas del Capitalismo, al par que los palacios de la Justicia, volviéndose rápidamente, y mostrando orgulloso la Bomba que en la mano llevaba, exclamó con el potente acento que se han pronunciado en el mundo todos los *eureka*s:

«¡Vencí! ¡La inmortalidad va desde hoy atada á mi carro de triunfo! La Civilización tiene ya símbolo: ¡la Bomba! ¡Gloria á mí!

¡Sí, á mí! Nadie puede arrebatármela. Si no el Mesías de la Destrucción, fuí el Precursor, el Bautista... Mi procedimiento se ha perfeccionado; su campo de acción se ha extendido; la Bomba se carga hoy con explosivos más formidables que aquellos con que yo llené la mía... Las víctimas son infinitas en número... Pero en aquel mi ensayo modesto estaba el germen de la destrucción de la catedral de Reims; bien así como en el huevo va el águila; como en el espermatozoide depositado en el ovario de la leona va el rey de las selvas.

Grande era ya el pueblo que aplica, perfeccionándolo, mi procedimiento; desde hoy será el primero de los primeros en los fastos de la Civilización.

En ese pueblo, los filósofos van del brazo de los guerreros; los sabios del de los poetas; los negociantes del de los políticos, y todos á coro gritan á las multitudes: «¡La Bomba! ¡En ella está tu salvación! ¡La fe en ella te salvará!»

Y á la teoría sigue la práctica. Y la Bomba estalla, lo mismo en la trinchera, que en el redento; bajo las olas, que sobre las nubes; á diez pasos, que á quince kilómetros; de día como de noche.

Y ora arrasa un fuerte, ora incendia una catedral... Ya vuela un acoirazado, ya destroza un regimiento... Aquí esparce por la acera los restos de una anciana; allí no deja ni rastro de un niño... ¡El monstruo de la Destrucción guiado por la inteligencia! ¡Lo consciente horrible!.....

Esto, esto era lo que yo soñaba; lo que aislada y modestamente inicié; lo que la Civilización y la Ciencia han extendido ahora en nombre de Dios, lo mismo por la tierra, que por los mares, que por el espacio...

Disculpadme, por tanto, si me siento poseído de admiración hacia mí mismo, por haber sacrificado mi vida en los altares de mi creencia, para dejar definitivamente proclamado el dogma de la Destrucción.»

Así habla Ravachol.

JOSÉ NAKENS

La semana de guerra

La curiosidad vencida

Cien batallas á un tiempo... La prensa ha quedado fastidiada. Confiesa su impotencia y se retira por el foro. No hay medio de costear cien corresponsales de guerra, ni de recibir sus crónicas, ni de publicarlas, ni de coordinarlas.

Ni bastan cien ojos para ver, ni mil oídos para oír, ni dos mil plumas para escribir. Hay que apelar á las grandes síntesis, á las palabras vagas...

Los periódicos acuden al sistema gráfico y esquemático para dar alguna débil idea de lo que está ocurriendo. En estos gráficos, las líneas de fuego ofrecen el aspecto de inmensas serpientes, en las cuales cada batallón es sólo una escama; cada cañón y fusil un pelo.

Sus movimientos son de contracciones horribles, pesadas, lentas; contracciones de serpiente herida, que se revuelca entre el fango de los campos removidos y entre el fuego que vomita por sus poros.

Tres serpientes son las principa-

les: la que atraviesa el norte de Francia y asoma la cabeza al mar por las costas de Bélgica, para estirarse y saltar sobre Inglaterra. Contra esa cabeza dispara la flota inglesa: la serpiente saca sus enormes lenguas de fuego y de acero... La serpiente ruso-alemana en Polonia. La serpiente ruso-austriaca en Galitzia.

La serpiente, ora rueda sobre su cuerpo, ora se sacude, ora se encoge, ora se estira, ora rebota, ora se arrastra.

Toda la magnificencia de la guerra antigua ha desaparecido. El gallardo caballero se ve metido como un topo en el hoyo de su escondite. Las piernas humanas huelgan: la altiva posición vertical que hizo majestuoso al hombre, ha sido abandonada.

El soldado ya no anda: se arrastra como reptil. Como reptil mina la tierra para esconderse y no asomar por su agujero más que la cabeza del fusil y detrás el brillo de los ojos.

El rastro de los ejércitos es el rastro de serpiente: un surco enorme.

Surco de carne humana revuelta con carne de caballo y de mulo. Los sesos desprendidos son amasados con los excrementos.

Toda la Humanidad está allí en aquel surco.

Sangre india, sangre árabe, sangre cristiana, sangre judía, sangre im-pia... Ojos arrancados á un alemán, están pegados al frontal de un senegalés. El fiel caballo mezcla su sangre con la de su ginete. Príncipes y apaches caen en el foso, para expiar en el eterno abrazo de la muerte, el loco odio de la vida.

El idioma humano ha fracasado. No tiene palabras para expresar estas ideas. «¡Pérdidas enormes!»... «combate encarnizado»... «lucha feroz»... «estrágos incalculables»...

¡No... no... no es eso! Eso se dijo antes: ahora es otra cosa. No hay palabras para estos hechos nuevos, inimaginables é indescriptibles.

La prensa se ha declarado impotente.

También se declara impotente la imaginación; y cansada y fatigada se declara vencida. La frase de Espronceda: *¿que haya un cadáver más, qué importa al mundo?*, no vale ya nada. ¡Un cadáver más!... No vale la pena de leerlo... Cien cadáveres, mil, diez mil... ¡no vale la pena! Cien mil, quinientos mil... ¡nada! El exceso ha he-

cho insensible al espectador. Apenas nos interesa la caída de una ciudad, ni la destrucción de varios regimientos.

¡Si los alemanes tomasen á París!... ¡Si los rusos tomasen á Berlín!... Eso ya valdría algo la pena.

Muertos... ¿cuántos?... Hay que hablar de centenares de miles, para que se preste atención. Ya el público no quiere saber si cayó la fortaleza, ni si se rindió la ciudad... Sólo tres ó cuatro cosillas interesan. Y espera el curioso «la destrucción de Alemania, de Francia ó de Rusia; se habla de naciones y no de individuos: de pueblos, no escuadrones». Y la síntesis final: *paz ó guerra*.

¡Así ha sido destrozado el sentimiento humano! Y el que más, el del pueblo español, que oye este ruido apolítico, este estertor de la Europa, esta hecatombe... y vuelve las espaldas gritando:

¡A los toros! ¡A los toros! Dejemos al Kaiser y al rey Alberto. Vamos á ver á Belmonte y á Bombita.

Pus y piltrafas

De una crónica de Bonafoux transcribo estos párrafos que seguramente encantarán á los clericales españoles, ya que sus manjares preferidos fueron siempre la sangre y la carne humana y sus espectáculos favoritos la matanza, la destrucción, el incendio...

«¡Ah! ¡Si usted, amigo mío, hubiese recorrido como he recorrido yo á pie, durante dos días, los campos de batalla del Marnel, exclama un caminante. Todo el corazón humano se rompe cuando se está allá abajo. ¡Esa madre que llora todavía en su casa hundida, salpicada de sangre, de la sangre de los otros y de la sangre de su hija; esos heridos que sucumben entre estertores; esa aldea que humea aún, esos árboles, esos campos, esos animales, esos soldados de la Guardia imperial que se convirtieron en bandidos asesinos, y que van á ser fusilados; y luego ese olor, esa bocanada de cadáver que os aprieta, que os hace huir á ese bosque donde se tropieza con un muerto que se disputan los gusanos! El espanto os aprisiona, y todo lo que se desea es una salida inmediata: ¡huir, huir, no ver más, no oír más, no sentir más, y escapar, dormir, desvanecerse, aniquilarse! ¡Ah, cuán pobre es nuestra razón! Años hacía que yo no había llorado y que yo no había tenido miedo. ¡Se es tan pequeño, que no se atreve uno á mirarse dentro de sí mismo!»

Pasan entierros y más entierros. «Un monaguillo todo vestido de negro, rompe la marcha—cuenta Maurice Marechal.—Detrás, el cura del

lugar y su vicario recitan las preces de los muertos. Después, el carro fúnebre. Ni siquiera el de los pobres. No es bastante grande. Una larga carreta de las que se emplean para transportar heno, arrastrada por un caballo tísico. En la carreta, ocho, diez ataúdes, amontonados los unos sobre los otros y recubiertos de un cho paño tricolor. Detrás de la carreta, gente del país, mujeres y viejos, y también muchachos que no tienen la edad de *partir* y que siguen tristemente los cuerpos de sus mayores. En el cementerio, á lo largo de un muro, se abren las fosas. Los ataúdes son de madera blanca. Algunas paletadas de tierra, y todo se acabó.»

Dícese que lo que choca más en la región del Aisne son muchedumbres de caballerías, hinchadas, hidrópicas, muertas, con las patas al aire. ¡Y luego la civilizada Europa continuará escribiendo horrores contra España porque sacrifica jamelgos en las corridas de toros!

Dícese también que las profundas trincheras alemanas están llenas de cadáveres los unos sobre los otros, formando haces; de moscas verdes; de pirámidas de excrementos, sobre los que se destacan rugosas cartas de novias tudescas, rubias *greschens*, que no las destinaron, ¡ay!, á tal objeto.»

Después de leídos esos párrafos mas de un ajesuitado clerical caerá de rodillas, unirá sus manos, alzará los ojos al cielo y exclamará con voz entre compungida y regocijada:

«¡Señor, señor!... ¡Gracias infinitas os doy, por haber prolongado mis días en este valle de lágrimas hasta presenciar el acto de Justicia que vuestra Bondad se ha dignado imponer á la Tierra!»

Al llegar aquí acudirán en tropel á su memoria los nombres de Olot, Endarlaza, Bechí, Ripoll, Cuenca, Cirauqui, etc., etc., y terminará la oración de este modo:

«¡Y concededme, ¡oh señor Bueno y Misericordioso! la inefable dicha de ver pronto en España trincheras llenas de cadáveres de liberales, rodeados de moscas verdes, madres llorando, pueblos ardiendo, y á los carlistas, brazos de tu Ira y de tu Venganza, desvalijando arcas y bolsillos, *ad majorem dei gloriam*, Amén.

A ese bárbaro...

Jesús tuvo corazón como órgano fisiológico. A ese órgano lo han aislado los católicos y le han convertido en una personalidad especial llamada Corazón de Jesús, que, ó es idéntico con el Jesús, y entonces el nombre es un mote de discutible propiedad, ó es cosa distinta, y entonces es un dios nuevo.

Pues de ese Órgano fantástico se ha hecho órgano suyo en la prensa de Madrid un periodicucho llamado pedantescamente *El Siglo Futuro*, aunque resulta ser el siglo pasado... por agua ó por otras partes.

Ese periodicuco, debajo de la figura del Cristo que usa como reclamo de su negocio, escribe en nombre de los españoles, que las cuestiones de la guerra europea «no nos afectan»: que en ellas «la causa que se trata no es nuestra»: que «España no siente esa causa»... etc.

Seguramente á la España del Corazón de Jesús le importa un bledo el desastre de Europa. Mientras cobre el Nuncio, mientras los obispos se llenen de millones, mientras los frailes anden fraiteando á todo ruego, mientras los escriboteadores clericales tengan la facultad de charlatanear explotando la imbecilidad de los bobos, mientras la España sea católica ¿qué importa el desastre europeo?

Pero el escriboteador ese, podría prever que quizás la guerra europea venga á cerrar esas espitas que amamantan al clericalismo, pues todo se andará con el tiempo. Y entonces ¿qué dirá el órgano del Corazón de Jesús?

Desde la cumbre

Los topetazos...

¿Quieres, amigo lector, que nos asomemos al campo de batalla, á dar un vistazo á los estragos imprevistos?...

Desde la cumbre se ve perfectamente, con ayuda de los lentes espirituales, ora usando el microscopio, ora el telescopio, ora el convexo, ora el cóncavo, ora ampliando, ora reduciendo... ¡qué de cosas se ven!

No vamos á hablar ahora de esos estragos que nos cuentan los visitantes del campo de batalla. Montones de carne en putrefacción, cuerpos descuartizados, vientres abiertos, campos sembrados de miembros agusanados, hedores pestilentes... Como apoteosis final de la civilización cristiana tudésca y de la civilización católica austro-franco-belga, no está mal.

Un taumaturgo muy excelente habrá de ser quien se proponga recomponer tal estropicio.

—Hiede, Señor, hiede—le diremos al Maestro.—Hiede que apesta...

Y el Maestro se calla. Sólo habla el zumbido del mosconeó y el graznar del cuervo. El cuervo llora. Y llora el chacal. Y llora el moscón. Lloran todos en aquel pudridero de hombres. Lloran no poder dar abasto. Lloran como Rokefeler, y como el millonario.

Los llantos del ahito son doblemente lastimeros. ¡Tener y no poder! Al revés del hambriento: poder y no tener!

El millonario se queja de la falta de órganos. No tener más que un estómago... un sólo vientre... Salomón, entre sus cinco mil concubinas, lloraba también. Cinco mil mujeres... y un sólo hombre...

Tanta carnaza ahí en el campo, y tan poco buitre. Tan grande el número de cadáveres y tan corto el número de chacales...

Reaccionemos, lector. Ante la fatalidad no hay más remedio que adaptarse. Para esto sirve la habilidosa razón: para consolarse de los males inevitables.

No te alarme, pues, la supuesta orden del alemán contra los franceses:

«Hay que rematar los heridos y no hay que enterrar los cadáveres: sean comidos de las aves y de los perros.»

A esto llaman crueldad contra los muertos las gentes de la superficie: desde la cumbre debe llamarse chavacanada.

Crueldad contra los muertos no es: es crueldad contra los vivos. No queremos ver quien devora el cadáver: por esto los metemos bajo tierra, para que sean devorados de reptiles inmundos y nauseabundos, cuya dentellada es sorda, cuyos brindis son afónicos para nuestros oídos, cuya algazara es invisible á nuestros ojos. Por esto el sepulturero es el ladrón contra los buitres y un bienhechor de los vivos que á su egoísmo llaman piedad. Quieren mucho á los muertos... pero no quieren verlos, ni oírlos, ni tocarlos, ni olerlos... Ni el padre quiere saber del hijo, ni el hijo quiere saber del padre...

No te enojés tampoco contra los animales comedores de hombres, porque ¡ay! pueden replicarte que el hombre es el mayor comedor de animales.

Por esto la guerra está causando estragos en la Gramática.

II.—LAS BALAS A LA DUN-DUN Y LA BILIS A LA TUN-TUN

Ríete, lector: ríete con los sabios esos, autores de la legislación internacional. Ríete, que bien se ríen ellos.

Para reírte, toma este papel venido de Alemania contra las balas *Dum Dum* atribuidas á los aliados. Incluso con grabados.

Un cráneo, presentando en el parietal derecho el orificio de entrada de la bala, del tamaño de una avellana; el parietal izquierdo, con el orificio de salida, del tamaño de una nuez.

Entre los dos orificios y dentro del cráneo está la castaña. La castaña de la indignación cesarea, imperial,

real, principesca y soberana. ¡Cómo se indignan los irritables personajes contra ese orificio y contra las balas Dun-Dun! ¡Cuánta bilis contra esas bala!

Pero no fíes mucho en la irritación de esos señores. Se indignan de la avellana y de la nuez, y disparan al auditorio el obús, el mortero, el torpedo y la bomba incendiaria para hacer cisco á media humanidad, sin dejar hueso sin moler, ni miembro sin triturar. ¡Y se ríen los señores sabios!

Y dicen: las balas Dun-Dun son criminales.. Están al alcance de cualquiera fortuna y hacen un orificio peligroso. El obús magnífico es en cambio digno de respeto. Descubrámonos.

¡Ave, balón soberano: avete, sabiondos!

Las balas Dun-Dun causan estragos en el cuerpo que penetran. Vuestro bilis Tun-Tun causa estragos incurables en la Moral de la sinceridad, que por un orificio derrama piedad y por el otro lanza obuses.

III.—BARBAROS Y CIVILIZADOS

Ante el tribunal de la opinión neutral, comparecen los alemanes reclamando juicio sobre estos crímenes de que se dicen víctimas:

El *Pester Lloyd* de Cracovia dice que las tropas rusas se han llevado grandes tesoros artísticos del Museo nacional de Lemberg.

De las cuentas hechas resulta que los objetos robados por los rusos y mandados á Petrogrado son los siguientes: 1.304 pinturas, 28.000 grabados, 17.000 monedas antiguas, 4.300 medallas, 142.000 libros, 5.000 manuscritos, 5.300 autógramas 17.000 documentos y varias reliquias nacionales polacas.

Ese es el primer resultando.

Pero según están las cosas, la sentencia va á ser del tenor siguiente: ¡Los rusos han robado á los alemanes esas friolerillas!—Reintégrense á su dueño. El Imperio alemán queda encargado de la ejecución de la sentencia.

Con ir por los objetos robados á donde estén, y hacer lo que hacen en Bélgica, queda satisfecha la justicia que piden los despojados.

El segundo crimen es como sigue, cortado de un comunicado oficioso:

«Según noticias de Burdeos, las autoridades francesas se han incautado de los tesoros artísticos del súbdito alemán Hilbronner, que ascienden á un valor de varios millones.

«Sería inútil hallar contestación adecuada á la pregunta que nos hicieramos al querer saber qué fin persigue el Gobierno francés con esa medida de privar á los alemanes residentes en Francia del derecho al libre y sagrado usufructo de su propiedad particular.»

«Inútil... contestación...» El autor de la nota lo dice.

Los franceses son unos villanos por turbar el libre y sagrado dominio de los alemanes en Francia. Para poder turbar en Francia el dominio de alguien, es preciso ser alemán. Así han pillado sus ejércitos el usufructo de los centenares de millones exigidos con el trabuco de sus morteros, como contribución de guerra.

Pues, siendo así en el modernísimo derecho, fallamos la reposición de los alemanes domiciliados en Francia en la posesión de sus libres y sagrados derechos, que no son respetados por no poder llevar cada súbdito un mortero del 42 que le permita á él despojar al propio Divino Verbo que ve arrasados sus propios sagrarios.

Por los amargos considerandos de los Catones tudescos, es de suponer que ellos obran al revés, que en las ciudades sitiadas, en vez de robar, reparten monedas y caramelos.

He aquí un hecho:

Valencia 20 (4,18 t.)

Encuétrase en el puerto anclado un buque alemán.

El capitán del barco recibió hace pocos días una carta de un hermano que pelea en el ejército.

Decíale el hermano del marino que las tropas tudescas, al entrar en la población donde tienen á su familia, habían cortado los pechos á su esposa y, por añadidura, habían violado á dos hijas.

En otras familias habían perpetrado también toda clase de enormidades.

En un informe oficial asaz extenso, el gobierno belga denuncia la *razzia* verificada en aquel territorio, contra personas y bienes.

El autor de las reclamaciones precedentes tiene la palabra. A los neutrales bástanos trasladar al pie de estos segundos hechos, los calificativos que el tudesco puso á los primeros.

IV.—REMEDIOS INFALIBLES

La previsión alemana en cuestiones de guerra, ha fallado.

Preparó obuses, palomas mensajeras y aun perros policías y perros sanitarios. Todo lo calculó.

Pero no previno esta sobreproducción de cadáveres en el campo, que puede llevar la peste al imperio.

Para lo sucesivo, forzoso será poner al lado de cada fábrica de zepe-lines, un criadero de chacales, de buitres, de moscones y de cuervos, que sigan á los ejércitos dispuestos á devorar todos los cadáveres que resulten.

No te rías, lector. Sería una institución tan benéfica como la de la Cruz Roja. Serían los verdaderos

practicadores de la obra de misericordia. «La sexta, enterrar los muertos».

Pues en lo tocante á mujeres, nuestro emperador Carlos V era más previsor. Preocupábase no sólo de las necesidades espirituales, sino también de las corporales de los soldados. Preguntados sobre el caso, discutieron los sabios del Consejo sobre el número de mujeres que necesitaba el ejército.

«Bastarían ocho mujeres en cada compañía que fuesen comunes, y dos lavanderas»—decía un moralista inquisidor— «y no consentir que hubiese tantas como creo que hay más que soldados según se han llegado á ellos tudescas, flamencas y borgoñonas».

Así, teniéndolas propias, no habrían de apelar á las ajenas, según ocurrir suele á los pobrecitos frailes y curas.

V.—LOS VICARIOS DE DIOS

El gran Turco, representante de Dios por institución de Mahoma, no se inclina por unos ni por otros, pero simpatiza con los germanos.

El Papa, representante de Dios por institución de San Pedro, se declara neutral, bien que simpatizando con los aliados.

El Dalai-Lama, representante de Dios por institución de Buda, se declara francamente por la causa inglesa.

Nuevo estrago en la Fe. Los dioses no tendrán más remedio que lanzarse á la guerra, con sus ejércitos respectivos. Trastornada la tierra y trastornado el cielo. Y el Infierno ¿quedará tranquilo? Por ahora Luzbel es el único á quien se deja en paz, y se cruza de brazos diciendo á los señores creyentes:

«¿Cuando acabáis la zambra?»

VI.—LA RELIGIÓN Y THENARDIER

Los teólogos de todos los bandos están alborotados.

Dicen que de la guerra resulta el resurgir de la fe. ¡Qué de conmovedoras y edificantes escenas nos cuentan, ocurridas en aquellas trincheras descritas por Bonafoux!

La revista de los jesuitas franceses *Etudes*, bate el record en ese entusiasmo. A flor de labio ha tenido el grito de

¡Felix bellum! quod tantum meruisti negotium

Lo dijimos en uno de los primeros artículos de la Cumbre: «la religión no perderá nada con la guerra: será la primera beneficiada.»

Profecía de dos meses, corta profecía es: pero, esta lo ha sido.

Cantemos la guerra, mensajera de la religión. Pero permítaseme extender la partida de nacimiento de este resurgimiento. Llamárase «Re-

ligión hija natural del Estrago: abuela, la Guerra: bisabuelo, el Diablo de la concupiscencia.»

La casa Krupp habrá de llamarse «la santa casa apostólica.»

VII.—¡CENTINELA, ALERTA!

Cuando veais un zepelín ó un avión alemán, no disparéis atropelladamente.

El telégrafo nos cuenta que un coronel, viendo morir á un soldado católico que pedía sacramentos, mandó un aeroplano á la parroquia, que trajo al cura con los sacramentos por el aire.

No confundáis, centinelas.

El mismo vehículo en que cabalga la bomba mortífera, transporta al lado el santo copón, y el santo óleo.

«Pan de vida» llama la Iglesia á la santa Hostia.

¡Sí se dará el caso de llevar el copón entre dos bombas...!

Posible es que la guerra venga á estragarnos la frase clásica de nuestros dicharacheros: «Esto pega como á un Cristo dos pistolas.»

VIII.—«PROVISIONES DE GUERRA»

Del jesuita autor de una «carta patente» que rueda por la prensa, recorto:

«Hoy he tenido la inmensa alegría de celebrar dos misas. La segunda, sin estar en ayunas, «ad conficiendum viaticum», pues que había agotado mi PROVISIÓN DE HOSTIAS consagradas. Esta segunda misa me ha permitido dar la comunión á un buen número de soldados que iban á batirse. Muchos de entre ellos no habían recibido á Nuestro Señor desde hacía diez ó veinte días, desde su primera comunión (antiguo régimen). ¡Qué bueno es Nuestro Señor!»

«¡Provisión de hostias!» ¡Donosa frase!

En un jesuita no debe extrañarnos.

Los hijos del General Loyola, que forman el «escuadrón militar», metidos en guerra, al primer tiro pierden los estribos piadosos.

Si alguno llega á ser intendente, formulará pedidos como el siguiente:

Tantos millones de cartuchos.

Tantos millones de hostias.

Los cartuchos para matar cuerpos y enviarlos al abismo. Las hostias para resucitar almas y enviarles al cielo.

Dice bien el jesuita: «¡qué bueno es Nuestro Señor!... para los jesuitas.

El ve á su mesa de comunión un general y muchos oficiales... Al terminar la guerra, irá á dar ejercicios á las oficiales y generales.

En cambio, hay muchas madres y esposas que lloran su soledad.

Y aquí pregunta el jesuita:

«¿Tienen mucho dinero?... Dígoles para ir á consolarlas...»

IX.—LOS OBISPOS

He aquí unos recortes:

«EL HAVRE, 22. Una personalidad belga ha dirigido á un periódico una carta protestando contra una interviú atribuida á un alto eclesiástico bávaro, publicada por la Prensa alemana, en la que se negaba que los soldados alemanes molestasen á los sacerdotes y á las religiosas.

Dice esta personalidad belga, que en breve se publicará una lista de todos los horrores de que han sido víctimas los eclesiásticos de ambos sexos y cuyo relato ha de estremecer al mundo entero.

PARIS, 23. Tres obispos figuran actualmente en las filas del ejército francés de operaciones.

Uno es monseñor Ruch, obispo coadjutor de Nancy.

Sirve como capellán.

Otro es monseñor Perros, vicario apostólico de Siam, que figura en el ejército con el grado de subteniente.

Y el tercero el obispo de Ivoire (Africa), que sirve como soldado territorial.

PARIS, 22. El cardenal arzobispo de París, monseñor Amette, continúa visitando á los heridos que se encuentran en las ambulancias establecidas en esta capital.

PARIS 17.—Esta tarde tuvo lugar en la basílica del Sagrado Corazón, de Montmartre, la ceremonia de la renovación de la consagración en Francia del Sagrado Corazón.

Presidió el acto el cardenal Amette.

El canónigo Sr. Poulain pronunció una alocución patriótica, y terminó haciendo votos por que el extranjero sea pronto arrojado al otro lado de la frontera de Francia.

Después el cardenal Amette recorrió en procesión la basílica, dando su bendición á los fieles.»

Cedo el comentario á Vázquez Mella, á Senantes y á Aznar, que supongo organizarán inmediatamente sus huestes para rescatar del poder de los franceses al Sagrado Corazón y la Custodia.

Los imperialistas españoles ¿qué harían con tales obispos?

Lo que hicieron con el «liberal» obispo Acuña. Ahorcarle, y luego pedir al Papa la absolución del sacrilegio.

De aquí surgirá una nueva frase. En vez de «romper la crisma» habrá de decirse: «romper la mitra».

¡Cosas de la guerra!

S. PEY ORDEIX

FRASE CONTRA FRASE

Dijo Maura saliendo de Palacio:

—De la neutralidad... no preguntáis... ¿acaso puede España romperla?

Y replica EL MOTIN:

—¿Necesita España más fuerza para romperla, ó PARA SOSTENERLA?

El catolicismo y la justicia

Sobre el caso de Fregenal

Ha planteado la cuestión un amigo, que, en carta fechada el 15 de Octubre dice entre otras cosas al señor Nakens:

«El Sr. Ruiz Delgado, juez de instrucción de este partido, es muy dueño en emplear el tiempo en lo que le dé la real gana; esto es indiscutible.

Pero, ¿puede este señor ejercer el cargo de juez de instrucción y ser al mismo tiempo presidente de la asociación de vela nocturna que él solo, y á fuerza de comprometer al verbo divino, acaba de organizar con escándalo de todos los elementos liberales de esta región?

Haga el favor, amigo Nakens, de trasladar esta pregunta á Pey Ordeix para que sepamos cómo opina sobre este asunto.»

Junto á la consulta, viene un bravo artículo firmado por «Hector» publicado en la *Región Extremeña*, en el cual, después de muy atinadas consideraciones, se sentaban estas sentencias memorables:

«Es imposible, no puede ser, sin detrimento de la moral y de las leyes, poder armonizar los distintos fines de ambas funciones.

Las razones alegadas son muchas, de moral, política, religión, derecho, delicadeza profesional y otras más.

No puede ser, porque «Si la ley desconfía de la amistad personal en múltiples casos, ¿cómo va á tolerar que un Juez ó Magistrado pertenezca á una entidad contraria á los artículos 11 y 13 de la Constitución, que puede imposibilitar en más de una ocasión y dados sus fines, la acción del Juez, y en otras rechazarle como tal en el conocimiento de un pleito ó causal? En qué cabeza cabe semejante retorcimiento de la moral y de las leyes?»

No puede ser, porque el reglamento de la mencionada «Adoración», aparte de exigir al presidente el usar el distintivo, saldar cuentas, formar parte de rondas nocturnas, pronunciar discursos, asistir á reuniones y manifestaciones de carácter público, exige también el cantar por las calles; y lo que es peor y está más en pugna con la misión del funcionario judicial y con el artículo 13 de nuestra carta legal política, es «el fomento de la prensa genuinamente católica y desaparición de la herética y liberal», ó sea la persecución y destrucción de la libre emisión del pensamiento que por juramento exigido por la «Ley orgánica del Poder Judicial» hay compromiso solemne, sacratísimo de respetar por parte de cualquier Juez ó Magistrado».

No puede ser, por existir en las leyes de enjuiciar causas de recusación, tales como, 8.^a (Tener interés directo ó indirecto en el pleito ó causa) y 10.^a (Enemistad manifiesta) y haber un reglamento, norma de conducta de los asociados, que al perseguir el liberalismo etcétera, etc., y considerarlo como pecado, muestra interés indirecto y enemistad manifiesta en la actuación de cualquier asunto político en contra de conservadores liberales, liberales, republicanos, socialistas, etcétera.»

Lo copiado, es mucho y muy bueno. Bastaría, en cualquiera país de pulso ético, para suscitar y aún para terminar, un problema elemental, que afecta á la primera esencia de la vida política de una nación.

Mi opinión holgaría ya después de lo dicho. Pero, pues, se me reclama, resérvala para otro día, dando hoy por válido todo lo copiado.

S. P. O.

Suscripción "Cruz Roja"

Pesetas.

Suma anterior. . . . 7376'05

Juan Barberá (Algemés). . . 1'10

Rafael Escobar (Málaga). . . 4'00

Marcos Escribano (Cáceres) . . 4'00

Suma y sigue. . . . 7385'15

Andando por Madrid

Despilfarros municipales.—Las obras del subsuelo.

El día 20 del corriente recibimos la siguiente carta:

Señor director de EL MOTÍN

Muy señor mío: He leído en el número correspondiente al jueves último, algunos comentarios respecto á las obras de alcantarillado que se están efectuando en el Paseo de Recoletos. Desde luego creo un deber sagrado el dar en todo momento explicaciones al público de la marcha y forma en que se hacen los trabajos, pues en resumidas cuentas es quien paga, y á este fin y para que la versión que de las obras pueda usted hacer sea justa, estoy á su disposición incondicional para que cualquier tarde las veamos juntos, y después, si hay algo que censurar, yo seré el primero que se someta á la pena, pues aseguro á usted que costándome los desvelos y amarguras que esas obras me ocasionan, tiene que causarme un verdadero dolor el ver calificados de despilfarros los esfuerzos que hago por evitar gastos al municipio y molestias al vecindario.

Repito á usted que le agradecería infinito que me dijese el día que podemos visitar juntos las obras, y si en efecto me he equivocado, yo mismo le pediré la pública censura y me someteré al fallo de la opinión.

Con este motivo se repite de usted atento y s. s. q. s. m. e.

José de Lorite

20 10 914.

El mismo día se me envió la carta á mi casa para contestarla. He aquí la contestación.

Sr. D. José de Lorite. Arquitecto director de fontanería y alcantarillas.

Muy señor mío y de mi consideración: Admiro entusiasmado todos los trabajos técnicos, y creo firmemente que aquí se exageran las censuras y se desconsidera el trabajo intelectual, pero este no es el caso presente.

Yo no soy técnico, desconozco en absoluto lo que piensan hacer en el subsuelo, pero soy periodista y como

tal juzgo un deber profesional la observación y otro decir al público lo que observo.

Yo HE VISTO hacer la zanja.

He visto colocar los maderos en ella.

He visto quitarlos sin hacer nada.

He visto taparla.

He visto también que el tapado se hizo de noche.

Y esto que he visto y dicho, lo vió todo el asiduo paseante de Recoletos. Se ha comentado en aquellas pequeñas tertulias, y nadie, que yo sepa, ha dicho el porqué, la razón de ese tejer y destejer.

Agradezco muy de veras la invitación que hace para visitar las obras, pero no puedo aceptarla por inútil.

Vería seguramente unas alcantarillas ó trozos de ellas muy bien hechos, con todos los adelantos modernos, pero, no siendo técnico, ver la obra hecha, ¿me probaría su conveniencia?

Bien hechas estaban las obras de las norias del Retiro para instalar las bombas, y no funcionaron y se tiraron unas pesetas.

Sabiendo que por Recoletos abajo hay dos alcantarillas muy grandes y esta que se hace es la tercera, intermedia de las otras y mucho más chica que ellas; el ver la alcantarilla hecha ¿justificaría su necesidad?

Pero supongamos que me convenzo. Seré un convencido más, pero á los cientos ó miles de personas que comentan y censuran no se les habrá convencido. Yo me permito abusar de su amabilidad rogando escriba unas cuartillas que con mucho gusto publicaremos explicando los hechos antes anotados, y así los que leyeron el comentario leerán la explicación.

Supongo los sinsabores que con esas obras tendrá, y crea que en esta redacción no tratamos de molestar á nadie por capricho, pero tampoco callamos por simpatías lo que juzgamos anormal; porque creemos que si la berbórrea perjudica en los parlamentos y concejos, el silencio de actos delictivos ó equivocaciones autoriza su continuación.

De usted affmo. s. s. q. b. s. m.

JUAN PÉREZ

Con motivo del mismo artículo nos han denunciado otras cosillas también del saneamiento, y uno de nuestros comunicantes titula su voluminosa carta: 30 MILLONES TIRADOS A LA ALCANTARILLA. Ya lo iremos publicando en números sucesivos si de su lectura sacamos algo interesante.

Kropotkine, en unas declaraciones recientemente publicadas, dice que los socialistas de todo el mundo deben unirse para dar la batalla al militarismo alemán, que es el culpable de la guerra.

«El proletariado de toda Europa — añade — tiene la obligación de hacer un esfuerzo para anular é impossibilitar que en lo sucesivo se repita el alarde de fuerza que Alemania ha hecho al provocar un conflicto tan espantoso.»

EL CLERICALISMO

Ese es el mayor peligro para las patrias

Es hondamente indignante una correspondencia que leemos en *L'Humanité*. Proc. de de una ciudad del Gers, país en que predomina la reacción más estúpida. Una reacción quizá parecida á la de tantas poblaciones españolas.

Llegaron á aquella ciudad unos heridos franceses, á los que se hizo un gran recibimiento. Luego fueron conducidos al hospital, donde continuaron los honores para los que habían derramado su sangre por la causa de Francia.

Y en seguida llegó lo inevitable. Lo inevitable tratándose de reaccionarios. El espíritu feroz de intransigencia, de sectarismo empezó á hacer de las suyas.

Primero una dama, que todo lo mangoneaba y que imperaba en todo, la conocidísima señora de la Junta, que hay países, y bien conocidos de nosotros, en los que ha colgado del mástil sus faldas, y esas faldas son la enseña simbólica de toda la nación, hizo levantar la mano á los católicos. Hasta un turco tuvo la galantería de contestar al requerimiento. ¿A qué indisponerse con aquella señora por tal minucia?...

Luego excitaciones religiosas que se tomaron á broma. Las bromas honradas de los heridos merecieron esta caritativa reprimenda: «Merecáis todos volver al fuego y que ese fuego os purificara». Y por contera: «¡Estas gentes son salvajes!»

Por no ir á misa se privó de salir á los heridos. Por último, se dió este caso infame. Traducimos literalmente:

«Durante un almuerzo la señora X les dice: »Hijos míos, creo que estaréis contentos, y para darme gusto vais á repetir lo que yo diga. Atención: una, dos, tres... ¡Viva el rey! Nadie respondió: tan asqueados estábamos. Cuando nos repusimos un poco fué un viva Francia enérgico lo que gritamos. Se nos respondió: «¡Qué malvados son! ¡No ha en nada por complacernos!...»

Se les castigó... ¡Castigar á unos soldados heridos! De eso sólo es capaz el espíritu reaccionario, esa peste maldita que envenena el ambiente de los pueblos todavía.

Sin embargo, en esa misma ciudad francesa se tuvieron atenciones ex-

cepcionales con unos heridos alemanes — á los que primero se quería lynchar —, porque fueron á misa y se mostraron buenos religiosos...

Eso es la reacción. En Francia, en Alemania, en España, en donde quiera que se encuentre,

Ese es su patriotismo.

Para ella, para la reacción clerical su fanatismo está por encima de todas las cosas.

La reacción clerical es el mayor peligro que hay sobre las patrias.

¡Desgraciados de los pueblos que no saben inmanizarse enérgicamente contra esa peste mortífera y sucia con inyecciones incesantes de libertad, de democracia, de Socialismo! Sobre todo, de Socialismo, que es la expresión superior de toda libertad y de toda democracia.

El Socialista.

El alma británica

Claro está que esa guerra vastísima tiene muchos aspectos. Entre Alemania y Rusia, entre Austria y Servia, es el viejo pleito germano eslavo. Entre Alemania y Francia es el choque del principio revolucionario con el autocrático. Pero acaso el aspecto mas interesante es la lucha entre alemanes é ingleses. Tal vez sea también el más enconado y profundo de los odios.

Tengo por Inglaterra una fuerte simpatía. He aspirado en las páginas de su historia el vendaval primitivo de la libertad. Hay un no sé qué de manantiales de bautismo civil en el río de su pueblo. En las horas de depresión nacional, cuando el pesimismo abate vuestra frente, acudid á confortaros en la memoria de los momentos «álidos» de ese gran pueblo; volved la vista á su situación geográfica, y sentiréis la presencia del gigante como un centinela que guarda, en la niebla, la maternidad tradicional de Europa; sentiréis, en fin, el alentador ejemplo de una serena majestad colectiva. Britania tiene hoy, en sus pechos de matrona, las fuentes de vida del Viejo Mundo. Y allá, en América, otro pueblo admirable, digno hijo de Albión, los Estados Unidos, levanta otra formidable metrópoli de sano intervencionismo, al cual va debiendo el Nuevo Mundo su emancipación y su libertad. Francia, Inglaterra, Norte América; he aquí mis tres grandes patrias espirituales.

Inglaterra y Francia, las dos naciones de la Revolución europea, representan algo así como el principio solar y el principio lunar en el sistema de nuestra civilización. Hay algo de teogónico en ese dualismo, como el principio masculino y el femenino de nuestra progenie ideal;

como un Osiris y una Isis, como un Apolo y una Diana.

Francia, dulce y bella, graciosa y espiritual, inspirada y nerviosa, nos infunde más amor que confianza. La adoramos como á una amada deliciosa, con cierto sabor exquisito de recelo por una posible defeción, nacida de su propia debilidad de mujer... Ella, la gran patria revoltosa, tuvo (no podemos olvidarlo) un Luis XVIII aclamado en París entre la vergonzosa escolta de tropas extranjeras y veideanas, en aquel mismo París del 14 de Julio y el 10 de Agosto, y después de la epopeya flamígera de Napoleón... Ella, la gran Amiga digna de todas las ofrendas, entró en España con sus 100.000 hijos para imponer el más odioso absolutismo, después de haber entrado con su noble José Bonaparte para importar los gérmenes gloriosos de la libertad. Ella, la suavísima Hetaira, quiso combatir monstruosamente, ineptamente, sus amores por la leyenda imperial y por la republicana en 1848, y cometió la torpeza de poner al frente de su segunda República á un príncipe napoleónico, para que preparase la traición de 1851...

Pero á esa Francia, inconsecuente y generosa, la queremos con amor de amante, con embriaguez y voluptuosidad, con desvarío tanto mayor cuanto mayor puede ser el peligro de su infidelidad, al azar de los vientos históricos. Sabemos que si ella se ofrece como codiciado botín de guerra, como una Helena, bien vale la pena de dejarse matar por ella para no verla profanada por los enemigos exteriores ni, sobre todo, por los interiores; y pensamos que siempre nos quedaría su gran tradición de bacante, su gloria ejemplar de expugnadora de Bastillas, para que nos guiase en la lucha como una sombra cuando ya no pudiese guiarnos como un cuerpo... Por eso hoy seguimos ansiosos el rastro de sus ejércitos, inclinamos la cabeza para recibir su sangre y su llanto como un crisna de fortaleza. Abrimos cada mañana, ansiosos, palpitantes, la noja que nos trae sus noticias, avidos de leer en ella el boletín vibrante de sus victorias...

A Inglaterra la queremos con otro amor; como á una madre heroica, madura y fuerte, una Juno marina, cuyo regazo nos serviría de refugio en el caso de un desastre total, y cuya mano, algo ruda, acariciaría nuestra frente dolorida de románticos azotados por el desengaño. Último rincón de Europa, ella sería, en grande, lo que Venecia (la ciudad de Venus) fué para el mundo clásico cuando los bárbaros profanaron Italia y cuando los turcos entraron en Constantinopla.

En los días trágicos que vivimos, ¿no pensáis, durante las horas de

duda, que la victoria de los aliados tiene la garantía de esa nación para quien no podéis imaginar derrota posible? Allá, en los mares caliginosos, vais siguiendo con la fantasía las rutas secretas de la flota británica, como quien paladea un vino de confirmación. Y recordáis por sus nombres ya familiares, la silueta enorme de sus naves, que habéis visto en nuestras bahías mediterráneas, bañados por nuestro azul que bruñía sus armaduras empañadas por la niebla.

Esa es la fuerte palabra que nos inspira Inglaterra: «confianza». Confianza en su éxito y en la continuidad de su espíritu, confianza en la integridad de sus normas, tanto en los días de gloria como en los días de adversidad. Sus brazos membrudos son el gesto de una gran madre, una Roma civil, loba añosa y áspera, pero fiel. Pensamos en su Londres, siempre abierto a los desterrados del orbe, obsesos del delirio de las acracias, de las vindictas sangrientas y paradójicas por el bien, por la fraternidad. Pensamos en sus líricos, los más altos del mundo, y en su teatro, el más glorioso de la tierra. Pensamos en su colonización, que ha ceñido el planeta, haciéndolo resonar con los acentos del propio idioma y cruzándolo con las vías de su comercio, ríos vivientes y sagrados de la sangre inglesa.

Y recordamos, sobre todo, que Inglaterra, por haber odiado al fuerte del continente, por haber sido la enorme rival invencible; rival de España bajo Isabel Tudor, rival de Holanda de de Cronwell, rival de Francia desde la guerra de Sucesión hasta las napoleónicas, rival de Alemania en nuestros días, ha sido también la gran desconocida, la calumniada. ¡Cuántas ineptias, cuántas incongruencias se han vulgarizado respecto de ella! Se la ha motejado de pérfida, rapaz, positivista; se ha querido presentar su causa como la de un imperialismo enfrente de otro. — No, no. Inglaterra, la «práctica», la «falsa Albión», es la que lucha hoy, idealistamente, caballerescamente, por la fe de los Tratados internacionales, por la palabra de honor de las diplomacias, por el derecho de gentes, verdadera característica del progreso humano. Inglaterra, al intervenir en favor de Bélgica, no ejerció un derecho, sino que cumplió un deber, puesto que su firma (como la de Alemania) la obligaba a garantizar con su fuerza la libertad que Bélgica no podía asegurar con la suya. En la intervención inglesa actual hay una tácita delegación de todos los pueblos del mundo, de todos los cantones implícitos de la federación universal, puesto que el ataque al derecho de gentes es en realidad un ataque a todos los pueblos. Por esto al-

gunos han visto en Inglaterra la nación tutora y hegemónica del europeísmo, la nación quijotesca, heredera del Artús legendario del cielo bretón. Pues qué, ¿acaso la intervención por la libertad y la independencia de los demás no es el signo de las fuertes superioridades tutelares? Con un romanticismo donde latía la última centella de su Byron, que dió la sangre por Grecia, Inglaterra, desde Gladstone, clamó por la piedad internacional hacia los restos irredentos del Oriente sometido a Turquía, y la oposición germánica consolidó el poder del sultán rojo...

¿Inglaterra imperialista? ¡Pero si el imperialismo no consiste, burdamente, en una vasta posesión colonial ni en una potencia incontrastable, sino que es carácter interior y político, ejercicio agresivo de la soberanía! ¿Cómo ha de ser imperialista la nación civil por excelencia, la única de Europa donde no sea obligatorio el servicio militar? ¿Cómo ha de ser imperialista Britania, que acaba de dar libertad a Irlanda, mientras los dos imperios centrales son una sumisión violenta de Polonia, Alsacias, Lorenas, Bohemias, Croacias, al germanismo hostil? ¿Cómo ha de ser imperialista el Estado a quien acuden hoy sus diseminadas colonias, generosamente pródigas de soldados, desde los cuatro vientos? ¿Cómo ha de ser imperialista esa Inglaterra que clamó repetidas veces por el desarme y llevó a su apogeo, por ministerio del Gobierno actual, una revolución política y civil sin ejemplo?

Por eso se vuelven hoy a ella las miradas de los sedientos de libertad; y, acariciando el porvenir, se dicen que si Francia bien merece la pena de morir por ella, Inglaterra merece el esfuerzo de vivir por ella, por la grandeza estética de verla triunfar.

GABRIEL ALOMAR

Lo que busca el Papa

De la guerra europea el pontificado espera sacar tajada, tanto más suculenta y rica cuanto mayor sea el desastre. El cuervo siniestro se cebará en los cadáveres ó en los moribundos pueblos.

Excluido el papado de la conferencia pacifista de la Haya en 1899 por las gestiones de Italia, está desprovisto en la actualidad de carácter y autoridad para hablar de paz, mucho más teniendo el pontificado romano sobre sus espaldas una larga lista de batallas cruentísimas que asolaron a Europa, llegando las salpicaduras de sangre hasta Pío IX que con su soberbia insana segó tantas

vidas para sostenerse en un sólio carcomido.

Benedicto XV lanzó una exhortación a la paz apenas fué elevado al trono pontificio, porque no podía menos de hacerlo y a ello le obligaba el papel social que representa; pero el Papa sabía muy bien que aquello era clamar en el desierto y que su voz sería en absoluto desoída, como así ha sido. Después se ha hablado de una próxima Encíclica sobre el mismo asunto, a la que se daba desde luego una eficacia importante. Tenemos la convicción profunda de que tal Encíclica no saldrá por ahora: Benedicto XV ha vislumbrado un resquicio de luz en esta hecatombe universal que puede convertirse en risueña aurora para el pontificado, aunque sea entre ruinas, muertes y desolación universal.

¿Qué le importa esto al Papa? Zúrzase un territorio para él, un reinado temporal, y allá se las hayan las naciones despedazadas y exangües.

No, Benedicto XV no lanzará más Encíclicas hasta que las naciones beligerantes queden extenuadas: entonces, en medio de aquel silencio sepulcral se alzará una voz majestuosa llamando a los residuos de la catástrofe, brindándoles arbitraje paternal, futuras dichas, reconstitución de lo perdido, nuevas fuentes de bienestar y prosperidad... El Papa hablará, y se erigirá en juez de todos, como padre amante, como nuncio de bienestar perpetuo, como heraldo de una paz eterna. Y las naciones sin savia, sin hombres, con los manantiales de la industria y del trabajo agotados, se someterán a su arbitrio, esperando con ansia que deslinde los campos, resuelva las dificultades y trace las líneas de nuevas fronteras que nadie será osado traspasar en lo sucesivo. El Papa hará todo esto, pero ¡ah! antes hará patente su falta de soberanía é independencia para fallar el pleito con justicia, para ejercer de árbitro sin coacción alguna, y reclamará una soberanía temporal que la exima de la tutela de Italia. ¡Oh! Poca cosa: soberanía en todo lo que abarcan los palacios apostólicos y un territorio que desde el Vaticano llegue hasta el mar Tirreno. ¿Qué menos puede pedir el que va a ejercer de árbitro entre numerosas naciones?

Esto es lo que busca el Papa. ¿Lo obtendrá?

Se afirma que sí, de un modo especial por parte de Alemania y Austria. Benedicto XV quiere pescar en este río revuelto de la guerra europea, y aprovechar una ocasión que jamás volverá a presentarse. La Iglesia es así: la sangre, la muerte y las ruinas le han dado siempre vida.

FRAY GERUNDIO

EL MOTIN



(En la plana primera se explica)

Condenación de la guerra Repugnancia de civilización

Debemos hablar á todas horas contra la guerra. Todo lo que se nos ocurra contra ella debe decirse y propagarse. Hay que emplear todas las energías contra la guerra, porque eso es emplear la vida en el bien y eso es emplear la vida: lo demás es un horror de indiferencia, de bestialidad y de egoísmo. Contra la guerra, todo; hasta la guerra, que es lo más inmundo de la humanidad. Contra el necado capital de la guerra, la virtud capital de la paz. Espantosamente desgarrado nuestro corazón por este espectáculo de la guerra, hemos dicho en otro artículo que el hombre es el animal inferior, y que este mundo no debe estar presidido por ningún Dios de Bondad, sino que debe ser una casualidad monstruosa. Desesperados de ver que los ríos por donde pelean los ejércitos desbordan el agua con el inmenso peso de miles de cadáveres, y que se pasan esos mismos ríos «en seco», por encima de hombres muertos; desesperados por ese horror, hemos dicho llenos de desprecio por el hombre, que sentíamos no haber nacido sapo, cerdo ó rata inmunda de alcantarilla. Pero ahora, decimos todavía, que si queremos ser superiores á los demás animales, forzoso nos es emplear toda nuestra conciencia en maldecir y desprestigiar la guerra. Hay que hacer un esfuerzo humano para ser hombre. Hay que hacer un esfuerzo sobrehumano para dejar de ser bárbaros. Es preciso crear una nueva fe, levantar apóstoles que hablen siempre de la paz y que creen una honda rebelión en los corazones de las madres, un sentido recto de la justicia de que no se mate á sus hijos «por ninguna razón», puesto que no hay ninguna razón natural que lo dicte. Patria es un nombre hermoso, como madre: acaso un sólo nombre. Yo amo á mi patria, pero no creo tener ningún derecho á que, por amor á mi patria, levante guerra contra otra patria, ni tengo ningún derecho á provocar ni á decir con orgullo y casi con amenaza: «Mi patria, por encima de las otras patrias.» Como no tengo ningún derecho á decir: «Mi madre, por encima de todas las otras madres.»

Es forzoso acudir á éstas, despertándolas de su irreflexión y avivándolas sus instintos de madres. Hay que ver si ellas son de verdad madres, ó si también el amor de madre es otro convencionalismo: un nuevo desconsuelo de la humanidad.

Hay que decirles que si ellas quieren á sus hijos con la ternura que dicen; que si ellas los quieren para que no hagan daño á nadie, para que sean buenos, y que ellas los defenderían como fieras para que nadie les haga daño tampoco; hay que decirles que si eso es verdad, que si no es una farsa también, es preciso poner el corazón y la cabeza contra las guerras, educando á los hijitos toda la vida contra ese horror metiéndoles miedo con él desde la cuna, inculcándoles la idea, desde que sepan oír, que un arma es el símbolo de la ferocidad y la negación de la nobleza de sentimientos humanos; y que la fuerza bruta, la fuerza de los puños y de las armas, es el deshonor de los racionales. Que verter sangre humana es un crimen siempre y que no hay razón nunca para matar á los hijos ni para que los hijos maten. Si las madres no hacen esto, son unas farsantes del amor. Si las mujeres no emplean su dominio sobre el hombre para evitar las guerras, es que son más malas que los hombres, porque se ve que no emplean su poder sagaz y dominador nada más que para fines mezquinos y no para grandezas sociales. Y si las mujeres hacen todo lo posible por educar á sus hijos en contra de las guerras y de la fuerza y por llevar á los hombres hacia una gobernación de paz, y no lo logran, entonces que se nieguen á ellos y ayunten con fieras, para que los tigres, y los leones, y los chacales, les eduquen y les defiendan los hijos..

Esto no es civilización. Después de tanto derecho internacional y de tanta invención y ciencia, y de tanto respeto al derecho individual, y de tantos profesores y reyes y presidentes de Repúblicas, y jefes de las Religiones, que hablan á todas horas de derecho y de piedad humana, y de civilización, y de perdón, y de Dios, ha resultado que las tribus son menos bárbaras y que hay menos dolo en ellas. Este caso de Europa es un caso de antropofagia. Desde los profesores de Universidades hasta los creyentes en religiones de amor al prójimo y de temor á Dios, todos han visto con indiferencia durante la paz armada, que había un régimen en Europa tan imbécil, tan loco, tan cínico, que consistía en obligar á fuertes tributos al trabajo para que, con el sudor de los hombres que trabajaban, se adquiriera dinero y más dinero para armas con que matarlos después. Este régimen político—exactamente contrario á la razón más elemental y á la moral más ruin, puesto que era la organización de una próxima matanza que se estaba preparando con el tributo del trabajo, que es la vi-

da—; este régimen político, más idiota que perverso, porque no puede ser que se gobierne para organizar matanzas si no guía la locura al Poder, ha sido presenciado durante años y años por profesores, por sabios, por dignidades de las Iglesias, sin que estos representantes de la civilización hayan hecho nada, ó casi nada por evitar que se gobernara para la organización de la matanza humana. No se indignaban porque otros compañeros de sabiduría entregasen sus invenciones á los Poderes que organizaban matanzas. No descalificaban á esos compañeros que dejaban emplear, ó empleaban—hasta con orgullo, acaso—, su saber en medios de matar semejantes. No. Eso no es civilización ni cultura.

Todos los sabios de Europa, todo el profesorado de Europa, desde los matemáticos hasta los psicólogos que andan buceando la conciencia ajena, han sido, por lo visto, inconscientes, no han tenido ninguna finura de conciencia, no habían logrado el grado de civilización que consiste en no poder presenciar la injusticia. Veían impávidos que los pueblos trabajaban cada vez más angustiosamente para que se compraran cada vez más armas, que no podían estar destinadas á otra cosa que á la guerra, y no á la paz. Veían que la vida les costaba á ellos cada vez más y que eso les dificultaba el poder trabajar más tranquilamente en su ciencia. Veían, en fin, todo lo que trae de injusto el sistema de gobernar para hacer más cañones y más barcos y más elementos de destrucción de hogares y de almas, y no tenían ojos para ver, después de tanto mirar y de tanta vanidad de sabiduría. ¿Qué ha de ser esto civilización. ¿Qué puede ser civilización sino la sensación más fina de la justicia, antes que la sensación de saber libros? Si hay Dios—que no debe haberle, después de realizarse esta horrorosísima infinita injusticia de matar tantos inocentes, tantos pobres hijos, tantos pobres padres—; si hay Dios, civilización tiene que ser la sembradura que El echa en ciertas almas para ser buenas, y no puede ser la sembradura de unos cuantos libros solamente. No hay más cultura verdadera que la de ser buenos, y no hay más superioridad y majestad que la de evitar la muerte de un solo hombre. Todo lo demás son soberbias, y delirio de grandezas, y vanidades de cabezas y de pechos vacíos.

¿Qué ha de ser esto civilización, qué han de ser los jefes de Estado religiosos ni creer en Dios! Esta preparación tan civilizada de la matanza acusa la más profunda hipocresía de civilización y de religiosidad. ¿No gobierna, no, en los Imperios modernos ningún Marco Aurelio ahora!...

Nuestra razón trabaja mucho para calmar nuestro sentimiento, revuelto, desesperado, enloquecido por este horroroso dolor de la guerra, de la devastación, del descuartizamiento de hombres que trabajaban hace dos meses tan alegre y honradamente para ellos y para los suyos y para todo el mundo. Nuestra razón trabaja sin descanso para consolar-nos un poco. Y nos dice:—«Esto es un inmenso dolor, es cierto; pero parece haber sido una necesidad; y este inmenso dolor, como todos los grandes dolores, nos va á enseñar un nuevo vivir, va á renovar el mundo de los pensamientos, va á adoptar mejor las teorías á los hechos, la religión y la moral á las naciones, va á cambiar los valores, va á determinar, en fin, grandes bienes. Esta guerra no es una guerra, es una revolución: va contra la injusticia y contra la locura de que se trabaje para fusiles y cañones con que matar á los propios trabajadores; después de esta revolución va á quedar soberana definitivamente la sociedad civil, y va á quedar la gran sembradura de la justicia en las leyes, la sustancia del socialismo, que es la difusión de los bienes de la vida en vez del acaparamiento voraz. Fíjate en el consuelo del porvenir que pagará el espantoso desconsuelo de ahora. Fíjate en que la muerte de dos millones de hombres, sanos para siempre en nuestro corazón porque les ha tocado el sacrificio, van á salvar á muchos millones de hermanos en la vida adelante. Parecía que un pueblo peleaba por conquistar y otro por defenderse; parecía que un pueblo peleaba por conquistar más mercados y por trabajar más consiguientemente, y otro pueblo por defender sus mercados y no trabajar menos. Y pelear por trabajar más, unos y otros, y pelear por trabajar, es una pelea grande que no se puede condenar. La vida del mundo es muy compleja y muy honda; no la adivina el sentimiento; no te entregues á él del todo; puedes equivocarte; tiéntate bien antes de sentenciar.»

Pero el sentimiento brama y hace preguntas como asaltos:—¿Por qué se llama gobernar á organizar matanzas de hombres? ¿Por qué se llaman cristianos los jefes de los Estados y los ejércitos se glorían con las matanzas de hijos del mismo Creador? ¿Cómo pueden hermanarse la religión y la guerra, siendo la una perdón, suavidad, virtudes, y la otra ferocidad, antropofagia, impiedad infinita? ¿Por qué matan mis hijos si estaban trabajando y produciendo? ¿Por qué los han hecho que maten á otros, si eran buenos y no querían hacer daño á nadie? ¿Para qué han servido ni sirven la cultura, la educación y todos los esfuerzos realizados porque impere el derecho

si los soberanos y los Gobiernos no pueden dirimir los asuntos con la razón? ¿Para qué sirves, Razón? ¿Cómo vas á explicar la justicia á una madre para aplacarla el dolor? ¿Cómo se corre el riesgo de matar tantos hombres para asegurar un porvenir mejor á la Humanidad, si no se conoce el porvenir por nadie? ¿Qué sabiduría de hombres altos es esa, qué religión de hombres altos es esa, qué leyes morales presiden el mundo entonces, si hay que lograr un bien social por la bárbara, horrenda guerra y no por la Razón y la Paz?

Está en lo justo el sentimiento, protestando con toda el alma, encabritándose, rabiando, suplicando, arrancándose el corazón y tirándose á los cerdos...

R. SÁNCHEZ DIAZ

Con fecha 22 del actual, dicen de Petrogrado (antes Petersburgo) que los alemanes fusilaron en los alrededores de Varsovia á un magnate polaco, el conde Thomas Porocki, por protestar contra los robos cometidos por las tropas germanas.

Pues que no pidan los alemanes privilegio de invención por ese procedimiento. Nuestros carlistas los emplearon siempre que los despojados por ellos protestaban.

CON LA BIBLIA

Acorralados los cristianos por los hombres de ciencia que se reían de la creación del mundo en seis días, dieron en decir que esos días representaban cada uno, no veinticuatro horas, sino siete mil años. Los jesuitas, inventores de esa teoría, creyeron de ese modo poner en armonía la relación del Génesis con las conclusiones de la ciencia moderna.

Truth Seeker toma al pie de la letra lo de los días de siete mil años y hace el razonamiento siguiente:

«Según la Biblia, el diluvio duró cuarenta días y cuarenta noches. Siendo esos días de siete mil años cada uno y de otro tanto cada noche, se tiene 80 veces siete mil, es decir 560.000 años. Por consiguiente, ese tiempo debió andar Noé navegando en el Arca con su familia y toda su colección de animales.

Calcúlese, pues, lo que se habría necesitado de provisiones para tan variado y tremendo número de seres, y el olor que habría en el barco sagrado, que estaba cerrado á cal y canto.»

La observación es curiosa, y me inspira estas otras dos:

Suponiendo que la explicación de los jesuitas fuese la verdadera, ¿se aseguró la vida todo bicho viviente por 560.000 años al entrar en el Arca, ó fueron muriéndose en los plazos

señalados desde la creación á cada especie; y en este caso ¿dónde se depositaban los cadáveres, puesto que el arca no podía abrirse?

Y esta otra:

¿Hicieron voto de castidad al encerrarse? Porque de lo contrario, y á menos que el temor al qué dirán impusiera imperiosamente á todos el recato, hay que suponer que se multiplicarían como cuando andaban por la tierra libres, felices é independientes; y si en los seis mil años que lleva de existencia el Universo, según el P. Petavio, entran por millones de trillones de cuatrillones los animales que han gravitado sobre el planeta, calcúlese los infinitos en número que habrían nacido en el Arca en 560.000 años. Al salir, no hubieran cogido materialmente en la tierra, por muy juntos que se hubieran puesto.

Prefero, pues, sin vacilar, la versión de la Biblia, por menos absurda que la de los jesuitas. Muchos son cuarenta días con sus noches llueve que te llueve; mas comparados con 560.000 años, resulta así así como tres ó cuatro gotas de agua comparadas con el mar.

Y de las dimensiones del Arca no hablemos: tenía que ser por lo menos, del tamaño del planeta, y entonces ¿sobre qué extensión de agua flotaba?

Lo dicho: me quedo con la Biblia. Entre dos absurdos, el menor.

Las píldoras

—Hola, Grima, mi buen amigo, salud.

Tose con energía la flástica, da un último apretón al cabo, contempla el cordel salido de sus manos; es fuerte, resistente. Límpiase el sudor y descansa. Mientras juiciosamente cavila que otras aplicaciones, fuera de los navals, pudiera tener la dura y flexible cuerda acabada de fabricar, degluta unas píldoras tónicas y reconstituyentes, compuestas por la Humanidad en el grandioso laboratorio de la vida.

Luego, puede que se le ocurra una más práctica salida en el mercado al corlelaje bien construido.

Atención.

Cuenta Vicente Vera con referencia á noticias recibidas de Milán, que en Faldikopen (Alsacia) los alemanes se habían atrincherado en una colina, desde la cual se dominaba bastante extensión de terreno.

Después de cuatro asaltos á la bayoneta, quedando el campo sembrado de cadáveres, los franceses decidieron que un regimiento de caballería atacase de flanco la posición alemana.

El regimiento, á todo galope, se dirigió como un alud formidable

contra las trincheras, que vomitaban fuego.

Los jinetes supervivientes trataron dos veces de reunirse y acometer de nuevo, y otras tantas se impetuó fué contenido por la lluvia de proyectiles que partían de la trinchera. El regimiento quedó aniquilado.

Pero entonces ocurrió un hecho extraordinario. Los caballos que habían quedado sin jinete, acostumbrados á la maniobra, volvieron á reunirse, y en medio del asombro de la infantería se les vió marchar solos, en carrera dasenfrenada y revuelta confusión, contra la trinchera, logrando penetrar en ésta como un torbellino, y desorganizando la resistencia alemana.

Así fué tomada aquella terrible posición; pues la infantería, aprovechando las circunstancias, acometió en seguida, antes que los defensores de la colina pulieran rehacerse. Los caballos vencedores fueron á morir, ó quedaron dispersos en el campo enemigo.

La ciudad servía de Chabatz fué saqueada y destruida de una manera bárbara por las tropas austriacas.

Los almacenes, abiertos á viva fuerza, fueron destrozados y robadas cuantas mercaderías había en ellos. Fueron incendiados muchos edificios. La soldadesca asesinó á sesenta combatientes servios prisioneros.

En un principio, hombres, mujeres y niños fueron fusilados con los ojos vendados; después se renunció á ese procedimiento, que exigía consumo de municiones, y los infelices prisioneros fueron asesinados á sablazos y á bayonetazos.

Después de esta relación hay que decir con el famoso inventor de las pastillas:—«Si toseis tomeis»...

Y como no había tenido más remedio que toser mi buen amigo el pacifista Grima, yo le puse á la vista otra píldora para que la tragase; que un clavo saca otro clavo:

«En la vieja metrópoli intelectual del Brabante, en Lovaina, nada se ha librado de la quema. De la magnífica iglesia San Pedro, de la célebre biblioteca y de todos los institutos científicos de la Universidad no queda más que un recuerdo histórico.»

Con ser conciso y claro este breve recorte no da completa idea de la cantidad de material inofensivo destruido en Lovaina. Claro es que ello no fué adrede, fué cosa natural de la guerra que, por científica y patriótica que quiera hacerse, es un salvaje baldón de la Humanidad. Para tener una opinión frontera á la realidad hay que contemplar las fotografías obtenidas... Los buenos amigos, como suelen ser denominados á los libros, las obras de arte, acabaron allí; montones de cenizas

humeantes es lo que ha podido ser conservado por la fotografía para la posteridad.

Un periodista ilustre, Luis Bonafoux, el único que escribe con la noble, humana tendencia de arrancar al espíritu la aversión al salvajismo substituyéndolo por el amor firme, inteligente, justo, de paz eterna entre los hombres, escribe:

«Todos los medios se consideran buenos contra el enemigo. En todos los periódicos se hallan apoteosis del asesinato, de la tortura, del incendio, de la profanación, y en plazas y calles se forma coro á cancioneros que celebran hecatombes, y multitudes callejeras se agrupan alrededor de un soldado—que casi siempre es senegalés—el cual se da tono contando infamias y crueldades que ha hecho, y que á veces ni siquiera son ciertas.»

Y otra pluma admirable, la de Manuel Bueno, con la sincera arrogancia de la aristocracia intelectual que con legítimo derecho ostenta, puntualiza:

«No es posible permanecer en un café ó en un Círculo cualquiera, donde se agrupan los hombres, sin sentirse humillado por tanta majadería y tanta ruindad. Es raro el que oigamos en esas reuniones una reflexión de transcendencia moral sobre la guerra. La gente no se fija en el eclipse parcial del Cristianismo que se está operando en el mundo, ni en la quiebra de todos los sistemas jurídicos que ha consagrado el pensamiento humano para regular la convivencia social y las relaciones entre los pueblos. No advierten esos imbéciles que aquí no va á prevalecer otra moral que la del explosivo, y que dentro de poco las doctrinas anarquistas más reprobadas correrán por Europa y América con un sello de legitimidad que nadie se atreverá siquiera á discutir. Esos insensatos están ciegos. A no estarlo, repararían en que son felices entonces un himno á la capacidad destructora de los seres que están haciendo de la barbarie el ideal de la existencia. Para ellos lo único importante y vital es saber si Francia aplastará á Alemania ó si esta nación dará cuenta de su rival. Luego, cuando se ajuste la paz y el anarquismo vengador ajusticie á la Humanidad con el uso de la dinamita y sin sujeción á ningún plan militar, esos imbéciles pedirán á grito herido la caza del anarquista... Y ahora ¿por qué enmudecen?»

Es lo más triste de todo esto, que aún estamos al principio. Todavía se trata de escaramuzas, cuando «los Estados», que al presente significan la más perfecta forma de convivencia social ordenada, regular, justiciera por la Ley y normalizada por la coacción, anuncian:

Que Rusia, prepara cinco millones de hombres para la lucha.

Que Francia tiene hombres y dinero en abundancia.

Que Alemania conserva cada vez más pujante su espíritu militar y cuenta con sobrados recursos.

Que Inglaterra, en orden á perjuicios, ni siquiera se ha enterado que está en guerra.

..

Estas píldoras suministradas por la prensa las tolera nuestro organismo; pero las que componen Krupp, Zeppelin, Maxime, los Drenaug, las minas submarinas y los Estados Mayores de los Ejércitos con substancias de patriotismo, no hay cuerpo que las resista. Ahí va el caso clínico:

«Desde Nueva York telegrafían que el Kayser padece una gravísima enfermedad de insomnio, llevando muchas noches sin dormir ni diez minutos, á pesar de estar siempre instalado lejos del ruido de los cañones.

Añaden los telegramas que Guillermo II revela una profunda depresión moral.»

..

Festejemos, amigo Grima, la presunción de que algún día los pueblos elevarán una estatua al cordelero que produjo el pequeño trozo necesario para guindar los inventores del dolor, la miseria y la barbarie que en estos tiempos asola Europa.

JOSÉ ALIUS

Málaga.

EL DERECHO DE LA IGLESIA

Son tantas las veces que la Iglesia Católica saca á relucir sus *históricos é imprescriptibles* derechos, que creo no está demás ilustrar algo al público que lo ignore sobre las causas y origen que dieron vida á tan ilusorios cuanto cacareados derechos.

Hasta bien entrado el siglo VII de nuestra Era, no se le ocurrió al obispo de Roma erigirse en jefe de toda la cristiandad, siendo sus antecesores de igual condición que el resto de los demás obispos, sin más autoridad espiritual que la que marcaban los límites de sus respectivas diócesis.

Cuantas tentativas hicieron los obispos de Roma antes del siglo citado para concentrar en sus manos la suprema dirección de la Iglesia, encontraron la oposición y la protesta de los demás, que se creían con iguales derechos y negaban al de Roma la autoridad que él solo pretendía poseer.

«Estoy indignado—escribía por

aquel tiempo San Firmiliano—de las arrogancias del obispo de Roma, que pretende haber heredado su obispado del apóstol San Pedro.»

A pesar de la oposición de todo el elemento religioso de aquella época, los obispos de Roma no cesaron en su propósito de convertir á esta ciudad en capital del orbe católico, y viendo que su causa no ganaba terreno en el campo de las ideas recurrieron al auxilio de las armas, primera apelación á la violencia mil veces repetida, hasta la caída del poder temporal, en nuestros días.

Esto ocurrió en el siglo VIII; el imperio romano era destruido en Occidente por la irrupción de los bárbaros, y las reliquias de este poder, que aún se sostenían en Oriente, eran tan débiles y estaban tan distantes que en ningún modo convenía, para sus designios, al obispo de Roma su alianza y cooperación. Había, además, otros motivos para rechazar la complicidad de los orientales, y era, según Laufrey, que «León Isaúrico, que ocupaba el trono de Oriente, era uno de los enemigos más tenaces del culto de las imágenes y de la Iglesia romana, y nada podía esperarse de él.» Gregorio III, que entonces ocupaba la silla de Roma, puso sus ojos en los francos como los mejores auxiliares de su ambición, por ser, de las naciones conquistadoras del Imperio Romano, la más temible y poderosa.

Reinaba entre los francos la dinastía de los Merovingios, ya muy débil y próxima á desaparecer por las intrigas y ambiciones de los mayordomos de palacio; la impaciencia de éstos por suplan'ar á sus legítimos reyes, coincidiendo con la idea de dominación universal de los Papas, fué la causa primordial de ese incalificable maridaje que se conoce con el nombre de *alianza del altar y el trono*, fuente impura de donde emanan los pretendidos derechos de la Iglesia Católica.

Carlos Martell fué el último mayordomo de palacio; pero en realidad, merced á la debilidad del último Merovingio, era ya el verdadero rey y fué el fundador de la dinastía de los Carolingios que después reinó sobre los francos.

Conociendo este estado de cosas, Gregorio III le envió embajadores con ricas promesas y más ricos presentes para atraerlo á su causa; pero la muerte de Carlos y Gregorio interrumpió las negociaciones que continuaron y llegaron á satisfactorio término entre Pipino y Zacarías, sucesores, respectivamente, de los anteriormente citados.

He aquí lo que sobre este particular dice Laufrey en su *Historia política de los papas*:

«En tiempos de Pipino fué cuando se concluyó definitivamente la

alianza del papado con la raza carlovinjia.

»Estor! ándole aquel fantasma de rey, que sólo mantenía la inveterada costumbre y los escrúpulos á que él mismo obedecía sin tenerlos; decidido á deshacerse al fin de aquella sombra importuna, Pipino llevólo á cabo, gracias á la complicidad del papa Zacarías, por medio de una especie de escena de comedia convenida de antemano.

»El obispo Burchard y el capellán Fulvad fueron de su parte á Roma, para consultar al romano pontífice sobre el caso de conciencia que tenía perplejo á su señor. ¿Qué valía más, conservar en Francia un rey sin autoridad, ó conferir los títulos de la monarquía á quien de hecho poseía el poder?

»Tales fueron los términos en que los dos casuistas sometieron la cuestión á Zacarías. Este, después de *madura reflexión*, declaró que se inclinaba por el último partido.»

El Papa corona á Pipino rey de los francos y legitima, sin ninguna autoridad, la usurpación hecha á los Merovingios. Pipino, por su parte, y en pago de este beneplácito á su traición, promete ayudar con todas sus fuerzas al dominio y preponderancia de la Iglesia romana y regala al papa provincias y más provincias, sobre las que ningún derecho tenía, puesto que no pertenecían á sus dominios, consumándose así tan inicuo despojo en favor de un poder que menos que ninguno debiera de pecar de tirano y ambicioso.

Con razón dice Laufrey: «Los pontífices y los Carolingios se presentan altivos ante el tribunal de la Historia; éstos, invocando la donación del papa Zacarías; aquéllos, ostentando la del rey Pipino; pero se necesita tener una idea bien extraña de sus deberes para pretender que la Historia acepte semejante teoría de legitimidad.»

Tal fué, descripto á grandes rasgos, el origen de la supremacía del obispo de Roma y la fundación del poder temporal de los papas, ó sean, los *históricos é imprescriptibles* derechos de la Santa Iglesia Católica.

SIMÓN CERREJÓN

Del libro *Comentarios*.

EL PAÍS DE LA PAZ Y DE LA FORTUNA

Había una santa, señores, en cierto país republicano, que gozaba de muy alto prestigio ante la Corte celestial.

Un día que se hallaba en oración, bajó á visitarla un serafín en nombre del Altísimo y le dijo que su majestad deseaba concederle tres dones, en premio de su ejemplarísima devoción y caridad evangélica.

—¡Ay! exclamó la santa, poniendo los ojos en blanco; yo soy indigna de tan sin-

gular merced y jamás me atrevería á pedir otra cosa que una buena muerte.

—Esa la tienes segura, dijo el serafín. Pide cosas más útiles, pues yo sé decirte que la ocasión es calva y hay que cogerla por el copete.

—Quisiera no pedir...

—¡Bonita tontería! ¿Vas á desairar al Todopoderoso? ¡No faltaría más!

—Pero ¿qué pido?

—Pídele un buen marido, que es lo que mas necesitan ustedes las solteras.

—¡Calla, por Dios, serafín, que me muero de vergüenza! ¿Qué diría el Omnipotente?

—¿Qué iba á decir? Que estás en tu derecho.

—¡Ay, qué rubor! No, no; yo no quiero nada para mí. En tal caso, pediré algo para mi pueblo. ¿Qué te parece?

—Bueno, esa es cuenta tuya. Yo sólo estoy encargado de transmitir el mensaje.

—¿Son tres gracias las que debo pedir?

—Sí: tres gracias en nombre de la Santísima Trínidad.

—Entonces el cielo me ilumine, y sea la primera gracia paz para mi pueblo.

—Te luciste, amiga.

—¿Por qué?

—Por nada. ¡Ya verás, paloma blanca, ya verás!

—La segunda gracia quiero que sea fortuna para mi pueblo.

—¡Otra te pegó! Hija, estás metiendo la pata que es un horror.

—Entonces, mejor será no pedir...

—Ya está pedido y concedido. Lo que puedes hacer es dejar la tercera gracia para más tarde. ¿Qué te parece?

—Muy bien pensado. Así lo haré, angel mío; y dile al Sumo Hacedor que le que do eternamente agradecida.

La miró el serafín, con cierta expresión picaresca, luego se envolvió en nacaradas nubes, desplegó, las blancas alas y se perdió en el espacio.

* *

La paz que reinó desde entonces en el país, fué una paz absoluta, en toda la extensión de la palabra. No sólo no se reñía ni se disputaba, sino que ni se discutía siquiera.

Había un viejo pleito con una nación vecina por cuestión de fronteras, y cuando menos se esperaba vino un *Memorandum* á la Cancillería, suscrito por la del vecino, en el que se le reconocía todo el derecho á la zona del litigio y se le daba otro tanto en territorio por vía de indemnización.

Los hombres públicos se enternecieron en presencia de tan alto ejemplo de bondad y de cariño, y derramaron abundantes lágrimas, acordando después lugar al vecino que ocupara toda la zona pro indivisa, como cosa suya, pues estaba en muy buenas manos. Esto se llama, decían los diplomáticos, arreglar las cosas pacíficamente.

Entre tanto, el ministro de Hacienda le decía en voz baja al Primer Magistrado:

—Señor: ya no sé donde meter tanto dinero. Está entrando plata que es un horror.

—Se pagarán las deudas atrasadas.

—¿Qué deudas? Ya todas están pagadas, con intereses simples y compuestos.

—Que se aumente el sueldo á los empleados.

—No quieren. Todos tienen dinero y están dejando sus haberes á beneficio del fisco.

—¡Válgame Dios!
—Hay mis, señor: todos los fondos que habían sido ilegalmente distraídos de su objeto, los están reintegrando con mucha discrección.
—¿De veras? Eso sí que nunca lo hubiera imaginado.
—Pues es verdad.
—Y ¿qué vamos á hacer con tanto dinero?
—Eso es lo que yo pregunto: ¿qué hacemos?
—Se les dará algo á los maestros de escuela, que siempre han estado quejándose.
—¿Qué maestros, señor, si ya no hay maestros?
—¿Por qué?
—Porque todos han hecho fortuna y ya no enseñan. No quieren ni que se les hable de pedagogía.
—¿Y las escuelas?
—Ya no hay escuelas.
—¿Qué diablura!

**

Lo cierto es que la situación se fué poniendo insostenible en aquel desdichado país. Casi todos los puestos públicos estaban vacantes y no había un solo ciudadano que los solicitara. Los pocos funcionarios que aún estaban en sus puestos, no dejaban de decir á sus amigos:

—Busque á alguien que quiera ocupar mi destino. Yo estoy harto de él hasta la punta de la coronilla.

—¿Pagan bien?
—Pagan un dineral y le mandan á uno la comida comprada á su casa y nn pavo adornado los domingos; pero ¿qué necesidad tengo yo de venirme á quebrar aquí la cabeza?

—Yo lo sustituyera á usted de buena gana; pero desde que soy rico me ha entrado una pereza de primera calidad y me paso el día entero rascándome la barriga en mi casa.

—Eso es lo que yo anhelo, querido amigo.

El clero, caros lectores, se puso hecho una malva y concedía indulgencias gratis á todo el que las quería.

—Señor cura, tome usted estos cinco pesos para que celebre cinco misas por las ánimas del Purgatorio.

—Déjate de misas, hija, que ya no se estilan.

—¿Y las ánimas benditas?
—¿Qué ánimas?
—Las del Purgatorio.
—Ya salieron todas.
—¿Y habrá salido mi abuela?
—Sí. Ya salió tu abuelita.

—Entonces tome este dinero para la cera de los monumentos.

—Ahora estamos nadando en cera, hijita.

—Sea para los pobres.
—Ya no hay pobres.

La verdad es, decía un cronista que esto está paralizado. Los tribunales de justicia se han cerrado por falta de delincuentes y toda la Policía ha sido disuelta. ¿A dónde iremos á parar? Esta paz, esta abundancia de dinero nos está matando.

Alguien sugirió al Gobierno la idea de oprimir á los ciudadanos, á ver si se conseguía enardecerlos, y lanzó una serie de decretos draconianos.

Mas los ciudadanos se reunieron en comicio y acordaron acatar respetuosamente las órdenes de las autoridades legalmente constituidas.

Ente tanto los acredores publicaban

avisos perdonando definitivamente á sus deudores y dando por canceladas todas sus cuentas.

—¡Pero, señor! exclamaba desesperado el Jefe del Estado ¿no hay quien haga aquí una revolución, por caridad?

Y no había nadie: todos eran amigos de la República.

—Ahora comprendo, dijo el Nuncio, el terrible supicio que le impuso la encantadora Azafata á la Princesa Rinculina.

—¿Y qué fué ello? preguntó el magistrado.

—La paz, señor la paz, y el suave encanto de una admirable naturaleza. La puso en un verde prado esmaltado de flores, la sentó en un columpio tejido de seda y empezó á mecerla blandamente, ain a tener un punto el ritmo. El cielo estaba siempre azul, sin una nube; el prado siempre verde; en el ambiente el mismo aroma; luego la misma paz y la continua ondulación del columpio. Y pasaron así días y años, señor, y la Princesa Rinculina pedía á gritos que se la llevara el diablo con tal de que la quitaran del columpio y dejara de sufrir la eterna quietud de la hermosa naturaleza. ¿Qué tal?

**

La santa del cuento oyó la relación del Nuncio y sintió un aguijencito en la conciencia. Yo tengo la culpa, se dijo, de la desanimación que reina en el país: pero bien sabe el que todo lo puede, que lo hice con buena intención.

Hizo luego una plegaria devotísima y se le apareció el angel.

—Serafín, le dijo la devota: vengo por la tercera gracia.

—¿Ya?
—Sí.
—¿Y qué quieres?

—Que le digas al Omnipotente que yo le suplico de hinojos que vuelva á dejar las cosas como estaban.

—Muy bien: ya estás servida; y otro día no te metas, hija, en lo que no entiendes, porque harás plancha sobre plancha.

**

Ocho días después decía el Ministro:
—Señor, los gastos crecen y no hay una peseta en caja.

—Y ahora ¿qué hacemos?

—Eso es lo que yo digo: ¿qué hacemos?

La santa en su celda, con los brazos en cruz, oraba así:
—Perdónalos, Señor, y no los dejes caer en tentación, más libraos de todo mal. Amén.

JACK THE RIPPER

Las mujeres inglesas

El corresponsal en Londres de *Le Matin* dice lo siguiente:

«El puesto de honor debe concederse evidentemente á las enfermeras voluntarias, que han salido de todas las clases elevadas de la sociedad y que han ido á cuidar los heridos franceses y belgas, lo mismo que á sus compatriotas, en Bélgica y en Francia, donde han organizado y hecho funcionar hospitales modelos, de los cuales Inglaterra tiene el secreto.

Ya se ha podido apreciar en Fran-

cia á esas mujeres noblemente abnegadas al lado de sus compañeras francesas, y por tanto nada debemos añadir sobre ellas.

Es de la gran masa de las mujeres inglesas de lo que queremos hablar.

Señoras ancianas, de cabellos blancos, que alzan el velillo de sus sombreros para saludar con una sonrisa, mezclada con lágrimas, á los mozos que marchan altivos y alegres en busca del enemigo, y mujeres y muchachitas que se detienen en las calles al paso de los destacamentos, agitando los pañuelos.

Estas últimas deben sentirse orgullosas del ímpetu que empuja á estos jóvenes á alistarse, porque muchas de ellas han contribuido á esta exaltación patriótica.

Al principio, cuando todavía los ingleses no se habían dado cuenta de lo que sería la guerra naciente, y que en su consecuencia era muy lánguido el alistamiento de voluntarios, las muchachitas y las señoritas jóvenes habían comprendido la situación y comenzaron á actuar.

Actuaron por medio de una propaganda directa, exhortando en los sitios públicos, en los ómnibus, en los tranvías, á los jóvenes para que se alistaran.

Han usado de la ironía, al ofrecer en ciertas playas de moda unos signos de «distinción» para los jóvenes que paseaban su ociosidad, mientras que los otros iban á engrosar las filas de los que luchan por la civilización y por la humanidad.

También han puesto á prueba el amor al decir á sus novios que sentían vergüenza de ir al lado de un mozo vestido de paisano.

Y han triunfado como triunfan siempre las mujeres cuando quieren.

Libros á mitad de precio hasta fin de Octubre

“Milagros comentados”

POR

José Nakens

PRECIO DOS PESETAS

La celda núm. 7

Precio: DOS pesetas

José Nakens

CIENCIA Y RELIGION

Por Malvert

85 grabados.—Precio: 1 peseta.

LA RELIGION AL ALCANCE DE TODOS

Una peseta

EL DINERO DE LA IGLESIA

POR

ROBERTO ROBERT

cosas del mundo, ocupaba el sitio de preferencia en el Parlamento.

¿Sería rico?

Desgraciadamente la piedad de los fieles, quiero decir, la impiedad de la época..., tampoco quiero decir esto.

En fin, desgraciadamente su iglesia fué profanada, robada, deshonrada; las reliquias de los santos fueron á parar al fuego, y aunque eran milagrosas, se dignaron arder.

En Italia se ve restaurada preciosamente la abadía de Monte Casino, y las liberalidades espirituales de la Santa Sede y las dádivas materiales de los magnates la colocan á una altura á que antes no rayara nunca.

**

Siglo VIII.—Dos siglos antes los lombardos habían arruinado la abadía de Augane; pero Carlo-Magno y Ludovico Pío pagaron su restauración é inmediatamente adquirió grande auge.

Todavía se conservan parte de los muros de defensa que la rodeaban.

En aquel santo asilo se oraba á Dios y se hacía uso del privilegio de acuñar moneda, cuyo distintivo era una cruz trebolada.

¡Todavía, digo, se conservan parte de sus muros! ¡Entonces se hacían obras sólidas!

Se hundió la abadía en 1611; pero en el mismo sitio, por conservar la clientela, se consagró una nueva iglesia en 1627.

Entre las reliquias más preciosas que con el tiempo llegó á poseer la abadía, cita un autor católico las siguientes:

Una grande urna chapeada de plata y enriquecida con muchas piedras preciosas, que contiene parte del cuerpo de San Martín, obra muy antigua, que algunos entendidos aseguran ser del siglo X.

Una estatua ecuestre de plata de 50 centímetros de alto que representa á San Mauricio y fué regalo del duque Manuel Filiberto de Saboya.

Dos copas de plata, que se hacen remontar á Carlo-Magno.

Un vaso antiguo, regalo del mismo emperador.

Un aguamanil de oro esmaltado, enriquecido de zafiros.

La sortija de San Mauricio, verdadero anillo de los caballeros romanos, perteneciente al siglo III ó al IV, es un zafiro en bruto, engastado en oro.

**

Siglo IX.—Cae destruída la abadía de Croyland, pero el piadoso Turketill la restaura, y el nuevo retiro alcanza mayor fama y riqueza que el primero.

El célebre Rabad Mauro fué nombrado abad del monasterio de Fulda.

¿Para qué dar pormenores acerca de aquel piadoso asilo, cuya jurisdicción se extendía á dilatados territorios?

Baste saber que los pobres del contorno lo saquearon dos veces en poco tiempo.

**

Siglo X.—Gregorio, obispo de Langres, derramó sus beneficios sobre la abadía de San Benigno.

Gontrando, rey de Borgoña, aumentó considerablemente sus rentas.

Un autor eclesiástico dice: «Aquel fué el siglo de oro de la comunidad.»

Cuando él confiesa que fué de oro, excuso decir más.

**

Siglo XI.—Renace esplendorosa la célebre abadía de Westminster.

Es como si hubiéramos dicho: brillantes, esmeraldas, perlas, mármoles, oro, plata y miles de miles de reales.

El monarca daba para ello dinero en abundancia.

El día en que se inauguró la nueva obra, asistió el rey á la ceremonia y firmó el acta de la fundación, y mandó insertar al pie de este documento la lista de donativos que hacía el monasterio y terribles imprecaciones contra los que se atrevieran á violar sus privilegios ó á arrebatarle sus riquezas.

Los cortesanos imitaron al rey en sus liberalidades.

¡Cluny! Hablaremos más adelante de esta célebre abadía.

Hoy que ha llegado á la mayor decadencia, hoy se queja un escritor católico de que no es más que la sombra de un gran nombre, un mero beneficio que solo produce cincuenta mil libras de renta.

Hubo que ensancharla en el siglo XI, y se trabajó en ella por espacio de ciento cincuenta años, dedicándole cantidades inmensas.

¡Cinco naves! ¡Sesenta y ocho columnas! ¡Más de trescientas ventanas! ¡Y dinero!... ¡Dinero!... ¡Dinero!...

¿Dinero? Era un reino: su dominación se extendía sobre trece mil y catorce monasterios.

Si esto no es dinero...

**

Siglo XII.—Brilla Santa María de las Huelgas de Burgos, fundación de Alfonso VIII.

Resumanos diciendo que aún en nuestros días las rentas de este mo-

nasterio han excedido de millón y medio de reales.

Florece la celeberrima abadía de San Dionisio de París, bajo los auspicios del sacerdote Suger, «espléndido en todo.»

Los vidrios de colores de las ventanas eran de incomparable riqueza; el altar mayor y el coro eran extraordinariamente magníficos: «el tesoro llegó á poseer una cantidad increíble de objetos preciosos.»

**

Siglo XIII.—Restaurase con magnificencia la iglesia de San Uan. La consume á los diez años un incendio; pero con las riquezas de la emperatriz Matilde y del príncipe Enrique se reparan en breve aquellos desastres.

Otro incendio la arruina al otro siglo; pero gracias al celo piadoso del abad y al oro de los fieles, vuelve á restaurarse.

En veintinueve años se gastó en aquella obra la cantidad de sesenta y tres mil novecientas setenta libras, que según cálculos de los entendidos en miserias mundanales, ascendían á diez y nueve millones de reales de la actual moneda.

Levántase la cátedra de Burgos, Cuarenta mil ducados pagó al arquitecto y once mil de oro y estofas el arzobispo Vela.

Entre sus imágenes había una Virgen de plata de tamaño natural.

Dícese que era maciza; pero que en cierta ocasión, necesitando los canónigos algún dinero para la decencia del culto, la vaciaron, dejándole solo la cascarilla.

Los objetos del altar eran preciosos, de modo que los irlandeses se los llevaron.

En 1835 se cayó la Virgen desde veinte pies de altura y se abollaron ella y el niño; porque fué tan imprevisto el caso, que ni tiempo tuvieron para hacer un milagro.

La silla del coro que mandó hacer el arzobispo Vela costó 1.000 ducados.

El arzobispo Zapata, sucesor de aquel, gastó 10.000 ducados en hacer un trascoro; pero no le gastó la obra, la mandó deshacer, y los nuevos trabajos costaron otros 10.000 ducados.

La parte de verja de hierro que para cerrar el trascoro pagó el arzobispo, ascendió á 5.500 ducados,

**

Pero no prosigamos: cerremos del todo el libro, pues por lo que se ve hojeando, bien puede comprender el lector lo que examinando se encontraría.

A contar las estrellas de la vía láctea podrá llegarse; pero las riquezas de la Iglesia, no.

¿Ni cómo ha de ser posible, si ha

llegado á suceder que, en un país católico, la Iglesia se encontrase dueña de las tres cuartas partes de toda la riqueza, en otro poseyese las cuatro quintas partes, y así donde quiera que se adorase al Dios nacido en un pesebre?

Por esto dicen los impíos que Jesús pasó mala vida sólo por ahorrar dinero para la viuda.

* *

Si nada más que con hojear rápidamente la historia acabamos de ver lo que hemos visto, ¿qué sería si nos detuviéramos un momento en cada época? ¿Qué sería? En calidad de muestra ó ejemplo vamos en pocas líneas á fijarnos en un templo español, y aún para esto no escogemos el tiempo más floreciente. Saldremos de la Edad media: nos alargaremos hasta el siglo xv.

Me parece que soy bien considerado con el lector.

Pues bien, sea ahora considerado por el lector mismo lo que sigue.

* *

El rey D. Enrique III deseaba fundar un convento de padres franciscanos.

Se murió sin haber satisfecho su deseo; pero como su hijo don Juan II era sabedor de ello, y entonces los hijos se desvivían por cumplir las voluntades de los padres, don Juan II se desvivió, y al cabo de treinta y cinco años de desvivirse puso por obra el paternal proyecto, proyecto á que se oponían los grandes, y particularmente el famoso condestable D. Alvaro de Luna.

El día 12 de Octubre de 1441, que debió de ser día nublado y frío, y por consiguiente muy á propósito para pensar en cosas del cielo y para que los reyes tomaran piadosas resoluciones, el rey D. Juan escribió al general de la gran Cartuja anunciándole su resolución y ofreciéndole palacio, parques y rentas para erigir el monasterio.

* *

¿Cuál sería el júbilo del general de la graa Cartuja al leer la feliz nueva?

Renunciamos á la imposible tarea de describirlo. Pero sí podemos decir que su corazón se sintió arrobado; que todo se le volvía dar gracias fervorosas al Altísimo; de una oración pasaba á otra, y olvidó tan completamente las cosas terrenales, que sólo se acordó de trasladarse inmediatamente á tomar posesión del terreno.

* *

Ya le parecía que con aquello lo tenía todo; que lo demás del mundo no importaba nada, cuando el rey le escribió preguntándole qué necesitaba.

El general Cartujo echó una mirada á su alrededor, volvió los ojos al escrito del rey, y pensando en la inmensa piedad de que era muestra aquella dádiva y en los bienes celestiales reservados por Dios á los que aman su reino y desprecian los bienes de la tierra, sacrificándose en vida y siendo siervos humildes de sus hermanos, contestó el rey que solo necesitaba tres cosas, á saber:

1.º Dinero para levantar el templo y comprar servicio de mesa y alhajas.

2.º Rentas ciertas, perpetuas y seguras, para doce monjes y doce criados que les sirviesen, un prior, ocho conversos y algún huésped que pudiera presentarse.

3.º Un documento auténtico, sellado con el sello real, en que constase de un modo claro y absoluto la donación de todo lo anterior.

Así se aseguraban los hombres de los bienes celestiales.

* *

La corte continuó oponiéndose, pero el rey, que era por extremo piadoso, recibió á los comisionados del cartujo y comenzó dándoles libranzas por valor de cien mil maravedís.

Los comisionados, todos hombres despreciadores de los bienes de la tierra, no vieron en aquella cantidad un tesoro, como lo era en efecto considerada con ojos mundanales.

Se lo hicieron así presente al rey; el rey les advirtió que aquellos cien mil maravedís eran para empezar, y ellos al oírle, con la más santa resignación se fueron á empezar el gasto.

* *

En seguida, lo más ortodoxo era tratar de las rentas que el rey debía asignar y asegurar al prior, á los monjes y á un criado por barba.

Tratóse, pues, de las rentas.

La cantidad que indicaba el rey les parecía poco á los monjes. (¡Como que todo lo mundano les parecía poco!)

La que pedían los monjes pareció excesiva á los señores de la corte.

Sobre este punto hubo, pues, recios debates...

Es decir: no recios ni debates, si quiera, porque las cosas terrenales no interesaban ni acaloraban el ánimo de los piadosos monjes.

Pero sí, ya decía yo bien, hubo debates y fueron efectivamente recios, porque ni los monjes podían consentir en que el rey pareciese mezquino en sus dones á la casa de Dios, ni exponerse á dejar al cielo mal servido.

* *

Al fin, con debates y sin ellos se dejó este punto al arbitrio del arzo-

bispo de Burgos, el cual, para servir debidamente al Criador y Redentor del mundo, asignó á los monjes una renta de ciento cincuenta cargas de trigo, ciento cincuenta de cebada, ciento cincuenta cántaras de vino, mil florines en moneda corriente, y veintidós marcos de plata.

Esta renta anual, asignada por el arzobispo, tampoco pareció bien á los señores de la corte.

La tacharon de excesiva, porque si bien comprendía que doce monjes tuviesen lo bastante con beberse ciento cincuenta cántaras de vino cada año, fingían no comprender que aquellos doce monjes pudieran comerse tan poca cebada.

Y... ¡lo que son las cosas!

A los monjes les pareció mezquina la asignación.

* *

Discutióse nuevamente la materia y entre el rey y el arzobispo se acordó finalmente que la dotación anual del monasterio fuese de quinientas fanegas de trigo, quinientas de cebada, mil cántaras de vino, y el 20 mil maravedís de dinero.

* *

Y dice la historia que no quedaron descontentos del todo los monjes de la munificencia del monarca, manifestada expresamente en la dotación que acababa de autorizar; si bien se mostraron un tanto mohinos con respecto á las mil cántaras de vino, que consideraban escasa porción para toda la comunidad; pero no replicaron *confiados en sacar el partido conveniente de la real palabra, como luego lo acreditó la experiencia*.

Y en efecto, habría sido lástima que por no tener más que mil cántaras de vino, á fines de año no se hubiesen podido decir misas en la iglesia.

* *

Y si aun en el siglo xv el fervor religioso producía lo que en un solo ejemplo acabamos de ver, calcule el menos entendido qué sería en el siglo x.

¡Pero si no hay necesidad de cálculo alguno!

Los hechos hablan.

En 976 se echaron los cimientos del templo de San Marcos de Venecia, santo cuyos devotos son, por varios motivos, numerosísimos en toda Italia.

La señoría de aquella aristocrática república prohibió que ninguno de sus buques pudiese volver de sus viajes á Levante, si no traía en sus cargamentos bellas columnas ó cuen-

(Continuará.)

IMPRENTA ARTÍSTICA DE SAEZ, HERMANOS.
MONSERRAT, 7. — MADRID.